

SIGUE LAS PISTAS, ENCUENTRA LAS PRUEBAS
Y RESUELVE LOS MISTERIOS.



Los casos de
**Timmi
TOBBSON**

**CON
JUEGOS
VISUALES**
PARA TODOS
LOS
NIVELES!

EL ENIGMA DEL ESTRELLA FUGAZ

J. I. WAGNER

Ilustrado por C. FRÖHLICH

DESTINO

WAGNER, J. I. / FRÖHLICH, C. / TOBBSON, TIMMI / ENIGMA DEL ESTRELLA FUGAZ / DESTINO

Ilustrado **Timmi
TOBBSON** Aventura

EL **ENIGMA** DEL **ESTRELLA FUGAZ**

de **J. I. WAGNER** Ilustrado por **C. FRÖHLICH**

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Timmi Tobbson. The legend of the Star Runner*
© J.I. Wagner, 2017
Ilustraciones de C. Fröhlich
Diseño de freshamedia GmbH
© de la traducción: Isabel Murillo, 2021

© Editorial Planeta S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-08-23878-2
Depósito legal: B. 2.439-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

CAPÍTULO 1

Aquí hay algo raro



–¡Rápido, Timmi! –La voz de Lilli me despertó por completo de la modorra en la que estaba sumido. Entrecerré los ojos para protegerme de la luz del sol. Lilli estaba mirándome, intentando recuperar el ritmo respiratorio–. ¡Levántate, vamos!

Me puse en pie de un salto y me sacudí la arena de las manos.

–¿Qué pasa?

–Se trata de un tesoro –susurró Lilli, y echó a correr.

Perplejo, vi cómo Lilli se iba alejando mientras me disponía a salir corriendo tras ella. Estábamos de vacaciones. Por fin. Todavía era temprano, pero se intuía que el día sería caluroso. Hasta

hacia un momento había estado holgazaneando y disfrutando del sol. El aire olía a hierba recién cortada y a lo lejos se oía una música suave, mezclada con el murmullo de niños riendo y jugando. A duras penas conseguí alcanzar a Lilli, mi mejor amiga.

–Lo dirás en broma, ¿no? ¿Qué tesoro? –le pregunté, jadeando.

–Mi abuelo me llamó anoche por teléfono y me dijo que estuviera en su casa a las diez en punto de la mañana. –Los ojos de Lilly brillaban de emoción–. No quiso contarme más. También he avisado a Marvin, le he dicho que nos espere en el jardín.



Cuando llegamos, casi sin aliento, Marvin ya estaba esperándonos. Sostenía a la gata del abuelo en brazos. La gata era completamente blanca, excepto por dos franjas anaranjadas en la cola. De alguna manera, nuestra llegada asustó a la gata, que dio un respingo y empezó a patalear, arañar y maullar para escapar del abrazo de Marvin. Él pegó un grito e inmediatamente soltó a la gata, mirándonos con enfado. Marvin es bajito y regordete, le encantan los animales y es mi segundo mejor amigo.

Lilli pasó apresurada por el lado de Marvin, sin prestarle la más mínima atención, y llamó en seguida al timbre.

–Ya lo he hecho, pero no abre –dijo Marvin.

Lilli arrugó el ceño visiblemente contrariada, luego aporreó la puerta y vociferó:

–¡Abuelo! –Nada. Ninguna reacción–. Me dijo a las diez en punto –aseguró, aún sin aliento–. No es muy propio de él.

Marvin me miró con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos abiertos como platos.

EL ENIGMA DEL ESTRELLA FUGAZ

—¿Te has enterado? Se trata de un tesoro.

Siempre que Marvin amenazaba con estallar de emoción, se ponía a dar saltos como si fuera un canguro. Justo como en ese momento. A veces quedaba como un tonto, pero le daba igual.

—A lo mejor resulta que este verano tenemos una aventura —dijo, palmoteando y brincando de entusiasmo.

—Creo que la aventura ya ha empezado —repliqué, resoplando aún.

Lilli seguía mirando con impotencia la puerta cerrada.

—Tenemos que entrar. ¡Pero ya! —gritó, sofocada—. Algo va mal.

La verdad es que era muy raro que su abuelo no abriera, pero intenté tranquilizarla.

—Tal vez no nos ha oído.

—O puede que haya salido a comprar un pastel —sugirió Marvin.

Sin embargo, Lilli no estaba dispuesta a calmarse. Cuando se proponía algo, no paraba hasta lograrlo, sobre todo si tenía que ver con algo que le afectaba directamente al corazón.

—No no no, tenemos que entrar —murmuró, pegando la oreja a la puerta para escuchar posibles sonidos del interior.

—Parece que todas las ventanas están cerradas —dije—. ¿Hay otra entrada?

—No tengo ni idea —respondió Lilli.

—Podríamos dar la vuelta a toda la casa y echar un vistazo —propuse.

—Lo que es evidente es que hay otra forma de acceder. Debe de haber, al menos, una especie de entrada oculta —dijo Marvin.

Me quedé mirándolo a la espera de una explicación mientras él sonreía sin decir palabra. Durante un par de segundos, nos miramos fijamente a los ojos y, de repente, Marvin soltó:

AQUÍ HAY ALGO RARO

—¡Uh! Y me parece que antes he visto una lagartija escondiéndose debajo de esta piedra. —Sin entender nada, me quedé observando cómo se arrodillaba y buscaba debajo de una piedra que tenía a sus pies—. No —dijo con frustración—. Pero lo que sí que hay es un gusano.

—Pero ¿cómo sabes que hay otra entrada? —pregunté, incrédulo.



¿Por qué cree Marvin que hay otra entrada a la casa?

Al final del libro podrás encontrar una pista que te ayudará a resolver cada acertijo.



CAPÍTULO 2

La entrada secreta

Si el gato había podido entrar, también podíamos hacerlo nosotros. Rodeamos la casa. La hierba estaba tan descuidada que nos llegaba hasta las rodillas y había todo tipo de trastos inútiles tirados por todas partes. Barriles viejos, una carretilla oxidada, un cobertizo de madera medio derrumbado. Sin embargo, el tenue zumbido de las abejas y el brillo del sol filtrándose entre las copas de los árboles hacían que el jardín pareciese un lugar totalmente encantado.

—¡Tío, esta hierba está altísima! Parece una selva. Esto tiene que estar lleno de animales —dijo Marvin, embelesado—. Arañas, saltamontes, orugas, quizá incluso ranas.

—No hay arañas, te lo aseguro —musitó Lilli.

—¿Y por qué no? Me encantan las arañas. No hacen ningún daño. Tienen mucho más miedo ellas de ti del que tú puedas tener de ellas.

—Pues deberían tenerlo —gruñó Lilli.

En la parte posterior de la casa, la hierba estaba aún más crecida y me llegaba hasta el ombligo.

—Mirad por dónde pisáis —dijo Marvin, que empezó a andar de puntillas—. No piséis ningún caracol.

Me sentí obligado a seguir su ejemplo, aunque Lilli echó a correr por delante de nosotros.

—¡Lilli, deja de patear la hierba de esta manera! —le gritó Marvin.

—¡Si sigues poniéndome tan nerviosa ya verás tú lo bien que sé dar patadas! —le espetó Lilli. Y entonces, se paró en seco, se volvió hacia Marvin y añadió—: ¡Porque el que acabará con una pata-da en el culo serás tú!

Marvin decidió no replicar el comentario y Lilli dobló la es-quina de la casa para volver hacia la parte delantera.

—Ah, un pedazo de madera. Me quedaré un rato aquí para descansar de tanta hierba —dijo, mirándome con los ojos muy abiertos y empezando a dar botes sobre la plancha de made-ra. Una costumbre que tenía también cuando se sentía incó-modo.

—Lo que le pasa a Lilli es que está preocupada. No lo ha dicho en serio —murmuré.

—En este jardín se puede encontrar de todo... menos un corta-césped —comentó Marvin.

Lilli reapareció justo en aquel momento.

—Por el otro lado tampoco hay nada —dijo.

Entonces, de pronto, se oyó un crujido. La plancha de madera cedió y Marvin cayó súbitamente por un agujero que quedó des-cubierto en el suelo. Lilli y yo nos miramos y corrimos hacia el hoyo.

—¿Marvin? ¿Estás bien?

De repente, oímos un estruendo, pero el interior estaba tan oscuro que era imposible ver nada. Pero entonces, Marvin empe-zó a toser y cuando habló, lo hizo con voz ronca.

—¿Qué ha sido eso? ¿Dónde estoy?

Asomamos la cabeza por el agujero. Nuestros ojos se adapta-ron lentamente a la penumbra y empezamos a vislumbrar el con-torno de la figura de Marvin. Estaba tumbado bocarriba encima de una montaña de carbón.

LA ENTRADA SECRETA

–Felicidades. Has encontrado la entrada secreta –dije–. En seguida bajamos.

–¡Seguro que aquí abajo hay ratas y ratones! –dijo entusiasmado Marvin.

–¿Quieres dejar ya de insultar a mi abuelo? ¡Porque ni tiene ratas en el sótano ni arañas en el jardín! –dijo gritando Lilli, y se deslizó por la rampa de la carbonera hasta aterrizar en la pila de carbón.

–No era mi intención insultar a tu abuelo –dijo Marvin, que seguía tumbado bocarriba.

Lilly no respondió, simplemente le dirigió una mirada furiosa y se incorporó rápidamente.

–La verdad es que se enfada con una facilidad increíble –declaró Marvin mientras yo lo ayudaba a levantarse.

Entramos en la casa y fuimos mirando de habitación en habitación al tiempo que Lilli llamaba a gritos a su abuelo. Cuando llegamos a la cocina, Lilli se paró en seco.

–Una cosa es segura. Alguien ha estado aquí, y no hace mucho tiempo.

–¿Qué? ¿Cómo lo sabes? –pregunté.



Lilli ha visto alguna cosa en la cocina que corrobora su observación.

Pero ¿qué?

